
Agustín de Hipona

TRATADO II SOBRE EL EVANGELIO DE SAN JUAN



Sobre el texto: *Hubo un hombre enviado por Dios que se llamó Juan, etc., hasta: Ileno de gracia y de verdad (1, 6-14).*

1. Conviene, hermanos, que expliquemos, conforme a nuestra posibilidad, el texto de las Sagradas Escrituras, y sobre todo, del Evangelio sin omitir ningún pasaje. Nosotros, en nuestra medida, seremos primero alimentados y luego os serviremos a vosotros aquello mismo con que nosotros nos hemos alimentado. ¿Os acordáis que el domingo pasado explicamos el primer capítulo; esto es: En el principio existía el Verbo, el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios. Éste existía en el principio en Dios. Todas las cosas fueron hechas por él y sin él no se hizo nada. Lo que fue hecho es vida en Él, y la vida era luz de los hombres, y la luz luce en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron? Creo que llegamos hasta aquí. Recordadlo todos los que asististeis, y los que no vinisteis creednos a nosotros y a los que estuvieron presentes. Ahora, puesto que no podemos repetir siempre lo mismo, en atención a los que quieren oír lo que sigue y para evitar la molestia que sería privarlos de lo que queda, por repetir lo pasado, que se resignen a no pedirnos lo ya explicado los que no estuvieron aquí y se contenten con oír, juntamente con los que asistieron, lo que voy a explicar ahora.

2. Sigue (el texto sagrado): Hubo un hombre enviado por Dios que se llamó Juan. El primer día hablamos de la inefable divinidad del Verbo y de una manera casi inefable también. Porque, ¿quién puede entender: En el principio existía el Verbo y el Verbo estaba en Dios? Para que el uso ordinario de las palabras no quite la fuerza que tiene el Verbo, añade: Y el Verbo era Dios. De este Verbo hablamos bastante el día anterior. Y espero en el Señor que, con tanto hablar, habremos llevado algo a vuestros corazones.

En el principio existía el Verbo. Siempre existe el mismo, siempre de la misma manera, como existe siempre, está ahora; no se puede mudar. Eso significa existe. Éste es su propio nombre, que reveló a su siervo Moisés:

Yo soy el que soy, y Me ha enviado el que es. Esto no es fácil de entender, pues nosotros no vemos sino cosas mortales, que se cambian, cuerpos que cambian en sus cualidades, naciendo, creciendo, disminuyendo, muriendo; las mismas almas crecen y crecen con los afectos de diversos deseos; los hombres pueden conocer la Sabiduría si se acercan a su luz y calor; la pueden perder si se separan de ella por el mal deseo. Al ver, pues, todas estas cosas mudables, ¿qué puede ser lo que es, sino aquello que sobrepasa todo lo que es, de manera que no es al mismo tiempo? ¿Quién puede entender esto? ¿O quién, por más que esfuerce su ingenio para llegar a lo que hay en la manera que le sea posible, llegará con su entendimiento al fondo de lo que ha entendido? Esto es lo mismo que quien ve de lejos la patria y tiene por medio el mar. Ve adónde tiene que ir, pero no tiene por dónde ir. Nosotros queremos llegar a nuestro descanso, donde está lo que es realmente, pues esto es lo único que siempre está como es. Tenemos por medio el mar del siglo presente. Por aquí tenemos que ir. Nosotros vemos adónde debemos ir; hay muchos, con todo, que no saben adónde dirigirse. Pues (el Verbo), para que tuviésemos un camino por donde ir, vino de allí adonde queremos ir. ¿Y qué hizo? Nos dio un leño con que pudiésemos atravesar el mar. Nadie puede pasar el mar de la vida si no va en la cruz de Cristo. A esta cruz se abrazan a veces aun los que están mal de lo ojos. Por esto, aun quien no ve por la distancia adónde se dirige, que no se separe de la cruz, porque ella lo llevará.

3. Ved, pues, hermanos míos, por qué me atrevo a daros este consejo: si queréis vivir pía y cristianamente, abrazados a Cristo en su humanidad, que ha tomado por nosotros, y llegaréis a Él como Dios que es y era antes. Encarnó y se asemejó a nosotros; se ha hecho lo que no era para salvar a los enfermos, darles con qué pasar el mar y llegar a la patria, donde ya no será precisa ninguna nave, porque allí no hay mar. Es mejor no apartarse de Cristo, aunque no se entiende lo que es que entenderlo, y despreciar su cruz. Mejor todavía y óptimo es ver, si es posible, adónde hay que ir y agarrarse a la nave el pasajero. Esto lo lograron las grandes almas de aquellos que hemos llamado montes, a los que de una manera especial ilustró la luz de la justicia. Lo lograron y vieron qué es ello en sí. Así, Juan, como vidente, dijo: En el principio existía el Verbo, el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios. Lo vieron, y para llegar a lo que veía desde lejos, no se separaron de la cruz de Cristo, no despreciaron su bajeza. Las almas pequeñas, que no pueden ver esto si no se separan de la cruz, de la pasión y resurrección de Cristo, llegarán allí adonde su vista no alcanza en la misma nave en que llegan los que pueden ver.

4. Hubo filósofos paganos que encontraron al Creador por la criatura, pues, como claramente dice el Apóstol, se le puede hallar por la criatura. Porque los atributos invisibles de Dios se hacen visibles por la creación del mundo, conocidos por la inteligencia en sus obras, tanto su eterna potencia como su divinidad, de suerte que son inexcusables. Y añade: Por cuanto habiendo conocido a Dios. No dice que no lo conocieron, sino: Por cuanto, habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias; antes se desvanecieron en sus pensamientos y se entenebreció su insensato corazón. ¿Cómo se oscureció? Lo dice más claramente en lo que sigue: Alardeando de sabios, se embrutecieron. Vieron dónde debían llegar; mas, desagradecidos para quien les había dado la vista, prefirieron atribuirse a sí lo que habían visto. Al ensoberbecerse, perdieron lo que habían visto, y entonces fue cuando se inclinaron ante los ídolos, las imágenes y esculturas de los demonios, adorando a la criatura con desprecio del Creador. Ya antes de prostituirse habían caído, y antes de caer se habían ensoberbecido. Y al llenarse de soberbia fue cuando se creyeron sabios. Éstos de que habla el Apóstol como conocedores de Dios vieron, lo mismo que dice San Juan, que el Verbo había creado todas las cosas. Estas verdades las encierran ya los libros de los filósofos, aun la de que Dios tiene un Hijo Unigénito, por quien ha hecho todas las cosas. Esto lo vieron en su verdad, pero lo vieron de lejos, y no quisieron aceptar la humildad de Cristo, la nave donde hubieran llegado con toda seguridad adonde había visto de lejos. Les pareció vil la cruz de Cristo. Teniendo que atravesar el mar ¿desprecias la nave? ¡Oh sabiduría soberbia!, que te burlas de Cristo, a quien has visto desde lejos: En el principio existía el Verbo y el Verbo estaba en Dios. ¿Por qué fue crucificado? Porque te era necesario el madero de su humildad. Hinchado por la soberbia, habías sido echado lejos de aquella patria. Está interrumpido el camino con las olas de este mundo; no hay otro medio de llegar a la patria si no tomas el madero. Él es tu camino, pero a través del mar. Él lo ha recorrido primero, para indicarte que el camino va por el mar. Tú no puedes andar, como él, sobre las aguas; tienes, pues, que ir en una nave, en un madero. Cree en el Crucificado y podrás llegar. Ha sido crucificado por ti, quería enseñarte la humildad. Si hubiera venido como Dios, no lo hubieras conocido. No podía presentarse como Dios a los que no podían ver a Dios. Como Dios ni viene ni se va, porque está presente a todos los sitios y no es limitado por ninguno. ¿En qué forma vino? Revelándose como hombre.

5. Porque se hizo hombre, y ocultó su divinidad, envió delante de sí otro hombre por cuyo testimonio se revelase más que otro hombre. ¿Quién es éste? Hubo un hombre. Para que su testimonio sobre Dios fuese verdadero fue enviado por Dios. ¿Cómo se llamaba? Su nombre era Juan. ¿A qué vino? Vino para testimoniar. Para dar testimonio de la Luz, para que todos creyesen en ella. ¿Quién es éste que da testimonio de la Luz? Cosa grande tiene que ser este Juan. Gran mérito, gran gracia, grande cumbre. Admíralo, admíralo de verdad, como a un

monte. El monte, si no es revestido de la luz, está en tinieblas. Admira a Juan; pero oye lo que sigue: No era él la Luz. Si creyeras que el monte es la Luz, podrías encontrar en él la muerte en vez de la vida. En el monte debes admirar nada más que al monte como tal. Levántate a aquel que ilumina al monte el cual, a su vez, se ha levantado también para recibir primero los rayos que él después envía a tus ojos. Él no era, pues, la Luz.

6. ¿Para qué vino entonces? Para dar testimonio de la Luz. Y este testimonio, ¿a qué fin? Para que todos creyesen por su medio. ¿Qué luz es la que anuncia? Existía la luz verdadera. ¿Qué añade verdadera? El hombre iluminado es luz; pero la Luz verdadera es la que ilumina. También nuestros ojos se llenan de luces, sin embargo, si de noche no se enciende una candela, o de día no sale el sol, inútilmente se abren estas luces de los ojos. De este modo, Juan era la luz, pero no la luz verdadera. Con la iluminación se convierte en luz; sin ella, en tinieblas. Si no es iluminado, sigue siendo tinieblas, como todos los impíos a los que, después de convertirlos, escribe el Apóstol: Fuisteis un tiempo tinieblas. Y ahora, después que han creído, dice: Y ahora, luz en el Señor. No entenderíamos si no añadiese: En el Señor, Luz, dice en el Señor; tinieblas no eran en el Señor. Fuisteis un tiempo tinieblas. Aquí no dijo en el Señor. Tinieblas, pues, en vosotros; luz en el Señor.

7. Pero, ¿dónde está la luz misma? Estaba la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene al mundo. Si ilumina a todo hombre que viene, también al mismo Juan. Él iluminaba, por tanto, a aquel por quien quería ser manifestado. Entiéndame vuestra Caridad. Venía a mentes débiles, corazones enfermos, a alma de ojos legñosos. Aquí venía. ¿Y cómo podría el alma ver al que es perfecto? De la misma manera que nos damos cuenta de que ha salido el sol, que no podemos ver en sí mismo por los cuerpos en que se refleja. El que tiene los ojos enfermos puede ver la pared iluminada y brillante por el sol, el monte, el árbol o cosa parecida. Los que no pueden ver tan fácilmente la salida misma del sol se dan cuenta de ella por los otros cuerpos que ilumina. Los hombres a quienes venía Cristo no podían fácilmente verlo a él. Irradió sobre Juan. Y de él, que confiesa no ser el que irradia e ilumina, sino el irradiado e iluminado, conocen los demás a Aquel que ilumina, a Aquel que ilustra, a Aquel que todo lo llena. Si no se hubiera retirado de allí (de Cristo), no tendrá necesidad de tal luz; tiene ahora que ser iluminado porque se retiró de Aquel por quien el hombre puede estar siempre en luz.

8. Entonces, si (el Verbo) ha venido, ¿dónde estaba? Estaba en este mundo. Estaba aquí y vino aquí; estaba aquí por su divinidad; vino aquí según la carne. Estando como estaba aquí por la divinidad, no podía ser visto por los necios, los ciegos y los impíos. Los malos son las tinieblas, de que se habla en el texto: La luz en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron. Aquí estás ahora, aquí estaba, aquí estará siempre, y en ningún tiempo o lugar se retira. Es necesario que te hagas de un medio para ver al que nunca se separa de ti. Es necesario que tú no te separes de quien nunca se separa de ti. Es necesario que tú no abandones para que no seas abandonado. No caigas tú, y Él no te dejará de la vista; si tú caes, Él se te ocultará; si tú te mantienes firme, él se mantendrá a tu lado.

Desgraciadamente, no te has mantenido en pie. Recuerda de dónde has caído, de dónde te arrojó el que cayó primero que tú. Te ha arrojado no por la fuerza o violencia, sino por tu propia voluntad. Si no hubieses consentido con el mal, hubieras permanecido en pie, en la luz. Ahora que te encuentras caído, que está enfermo tu corazón, el único que puede ver aquella luz, viene a ti de forma que puedes verlo, se te aparece como hombre y busca el testimonio de un hombre. Dios pide a un hombre que dé testimonio de él. Dios tiene por testigo a un hombre. Dios escoge por testigo a un hombre en favor del mismo hombre, tan débiles somos. Como la antorcha buscando el día. Juan fue llamado antorcha por el mismo Señor, cuando dijo: Él era una antorcha encendida y luciente, y vosotros pensasteis alegraros por un momento con su luz, pero yo tengo un testimonio mayor que el de Juan.

9. Así probó que había escogido como testigo a la antorcha para bien de los hombres, de los que habían de creer y para confundir con la luz de la antorcha a sus enemigos. A aquellos mismos enemigos que le preguntaron para cogerlo: Dinos, ¿con qué poder haces esas cosas? Respondió Él: Os voy a hacer Yo a vosotros también una pregunta: Decidme: ¿de dónde era el Bautismo de Juan, de Dios o de los hombres? Y se turbaron y dijeron entre sí: Si decimos que de Dios, nos dirá: ¿Por qué no habéis creído entonces en él? (Pues él había testimoniado en favor de Cristo y había dicho: Yo no soy Cristo, sino Aquel). Pero si decimos que de los hombres, debemos temer que el pueblo nos apedree, pues tiene a Juan por Profeta. Tenían miedo a las piedras, pero mayor a la confesión de la verdad, y así, respondieron falsamente a la Verdad. La iniquidad mintió contra sí misma. Dijeron: No sabemos. Y porque, negando lo que sabían, cerraron contra su daño, el Señor no les abrió porque tampoco llamaron. Pues escrito está: Llamad y se os abrirá. Éstos no solamente no llamaron para que se les abriese, sino que negando, se cerraron a sí mismos la puerta. Por esto les dijo el Señor: Pues Yo tampoco os digo en qué poder hago estas cosas. Y fueron confundidos por el mismo Juan y se verificó de esta manera en ellos el texto: He preparado una antorcha a mi Cristo; a sus enemigos, en cambio, los llenaré de confusión.

10. En el mundo estaba y el mundo fue hecho por Él. No pienses que estaba en el mundo a la manera como están en él la tierra, el cielo, el sol, la luna y las estrellas, los árboles, los animales, los hombres. Él no estaba así en el mundo. ¿Cómo estaba entonces? Como está el artífice que gobierna lo que ha hecho. Él no obró como obra el fabricante. La obra que hace el artífice está fuera, queda puesta en otro sitio cuando se está fabricando, y aunque esté cerca, él se sienta en otro sitio, siempre fuera de la obra que realiza. Dios, en cambio, hace al mundo dentro del mundo, siempre en él opera, nunca se le separa, no queda fuera, como lo está el que da vueltas a la masa que está modelando. Con la presencia de su grandeza hace lo que hace, con su presencia gobierna lo que hizo. Su presencia en el mundo fue tal, que por ella fue hecho el mundo: Y el mundo fue hecho por Él, y el mundo no lo conoció.

11. ¿Qué significa el mundo fue hecho por Él? Se llama mundo el cielo, la tierra, el mar y todas las cosas que hay en él. También con otro sentido se llama mundo a sus amadores. El mundo fue hecho por Él, y el mundo no lo conoció. ¿Acaso los cielos no conocieron a su Creador? ¿Acaso los ángeles o las estrellas tampoco conocieron a Aquel que confiesan los demonios? Todas las cosas en todas partes dieron testimonio de Él. ¿Quiénes son los que no lo conocieron? Los que por amar al mundo se llamaron mundo. El amor es como un habitar de corazón. Por su amor pudieron ser llamados con el nombre de aquel donde habitaban. Como cuando decimos: aquella casa es buena, aquella otra es mala. En la que llamados mala no acusamos a las paredes, ni en la que decimos buena, alabamos los muros, sino que llamados malos o buenos a los moradores de ella. Así llamamos mundo a los que habitan en él por el amor.

¿Quiénes son éstos? Los que aman al mundo. Éstos son los que viven en él de corazón. Los que no aman al mundo, se encuentran en él corporalmente, pero con el corazón están en el cielo, conforme a la frase del Apóstol: Nuestra morada está en los cielos. Éste es el sentido de: El mundo fue hecho por Él, y el mundo no lo conoció.

12. Vino a su casa, porque todas estas cosas fueron hechas por Él. Y los suyos no le recibieron. ¿Quiénes son los suyos? Los hombres que creó. Los judíos, que prefirió a todas las naciones. Las demás gentes adoraban los ídolos y servían a los demonios. El pueblo judío, nacido de la sangre de Abraham, era especialmente suyo, porque le estaba ligado por vínculos de parentesco carnal. Vino a su casa, y los suyos no le recibieron., ¿Es que no lo recibieron en absoluto? ¿Nadie lo recibió? ¿Nadie se salvó entonces, ya que nadie se puede salvar si no recibe a Cristo Encarnado?

13. Por esto añade: Y cuantos le recibieron. ¿Qué dio a éstos? Gran benevolencia, gran misericordia. Hijo Unigénito, no quiso estar solo. Muchos hombres que no han tenido hijos se adoptan otros en su ancianidad, logrando así por amor lo que les negó naturaleza. Esto hacen los hombres. Y si uno tiene un hijo nada más, se alegra tanto más, porque este sólo ha de heredarlo todo y no quedará pobre, al no tener con quién compartir la hacienda. ¿Dios no procede así? Al único Hijo que había engendrado y por quien había creado todas las cosas, lo envía a la tierra, para que no fuese solo, sino que tuviese otros hermanos por adopción. Porque nosotros no hemos nacido de Dios como aquel Unigénito, sino que hemos sido adoptados por gracia suya. Aquel Unigénito vino al mundo para redimirnos de los pecados que nos tenían atados y con cuyo impedimento no podíamos ser adoptados. Nos quiso hacer sus hermanos y nos libertó e hizo sus coherederos. Así lo dice el Apóstol: Y si hijo, también heredero por Dios. Y otra vez: Herederos de Dios y coherederos de Cristo. No temió tener coherederos, porque su herencia no es estrecha, aunque muchos entren en ella. Los mismos que entran a poseer se convierten en herencia de él y Él en herencia de ellos. Escucha de qué manera pasan a ser herencia de Él: El señor me ha dicho: Tú eres mi Hijo, Yo te he engendrado hoy; pídemme, y te daré las gentes como herencia tuya. ¿Y cómo se hace Él herencia nuestra? Dice el Salmo: El señor es la parte de mi herencia y de mi Copa. Que nosotros lo poseamos y que él nos posea; que él nos posea como Señor y que nosotros lo poseamos como Vida y como Luz. ¿Qué es lo que ha dado a los que lo recibieron? A los que creen en su nombre les dio poder de llegar a ser hijos de Dios. Para que se agarren a la cruz y pasen al mar.

14. ¿Y cómo nacen estos hijos? Porque si son hijos de Dios y hermanos de Cristo, ciertamente tienen que haber nacido. Si no hubieran nacido, ¿cómo pueden ser hijos? Los hijos de los hombres nacen de la carne y de la sangre, de la voluntad humana y de la unión matrimonial. Mas estos hijos de Dios, ¿cómo nacen? No de la sangre, no de hombre y de mujer... No de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre. La carne está puesta por la mujer, porque, cuando la mujer fue creada de la costilla de Adán, dijo esto: Esto ahora es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Y el Apóstol dice: El que ama a su esposa, se ama a sí mismo, porque ninguno odia nunca a su propia carne. La carne, por tanto, significa a la mujer, como algunas veces el espíritu significa al hombre. El marido gobierna, la mujer es gobernada; el marido manda, la mujer sirve. La casa donde manda la carne y sirve el espíritu va mal. ¿Qué hay peor que una casa donde la mujer manda

sobre el marido? En la casa ordenada manda el marido y obedece la mujer. El mismo hombre entonces obra rectamente, cuando obedece su carne y manda su espíritu.

15. Éstos, pues, han nacido no de la voluntad de la carne ni del hombre, sino de Dios. Mas para que los hombres pudieran nacer de Dios, Dios quiso nacer primero de los hombres. Cristo es Dios y Cristo Dios ha nacido de los hombres. Es verdad que no buscó sino una madre en la tierra, porque ya tenía Padre en el cielo. Nació de Dios para crearnos; nació de la mujer para crearnos segunda vez. No te extrañes, pues, oh hombre, de que seas hecho hijo de Dios por la gracia, pues naces de Dios conforme su Verbo. Primero quiso que su Verbo naciese del hombre, para que tú estuvieses más cierto de tu nacimiento de Dios, pudiendo decir: Dios ha querido nacer del hombre, porque me ha estimado en algo. Para hacerme inmortal, ha querido nacer Él mortal, por mí. De esta manera, cuando luego nos comunicase que habíamos nacido de Dios, no nos extrañásemos y horrorizásemos de tan enorme favor. Nos tenía que parecer increíble que nosotros pudiésemos nacer de Dios. Por eso para tranquilizarnos nos dice: El Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros. No te extrañes, por tanto, de que los hombres nazcan de Dios. Pondera más el que Dios ha nacido de los hombres. El Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros.

16. Al hacerse el Verbo hombre y habitar entre nosotros, con su nacimiento forma el colirio que limpie los ojos de nuestro corazón y puedan ver su majestad a través de su humildad. Porque la curación de nuestros ojos se debe a que el Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros, añade: Y hemos visto su gloria. nadie hubiera podido ver su gloria, si antes no hubiera sido curado con la humildad de su encarnación. ¿Cuál era el origen de nuestra ceguera? Atienda vuestra caridad y vea lo que digo. Había caído como polvo en los ojos del hombre, le había caído tierra, había enfermado su vista, no podía ver la luz. El ojo enfermo es después ungido para que sane, con tierra, porque con tierra había enfermado. Habías cegado por el polvo y el polvo te sana. La carne te había cegado y la carne te sana. Por consentir en los afectos carnales, el alma se había hecho carnal. Así es como había cegado el ojo del corazón. El Verbo se hizo carne. Éste es el médico que te preparó el colirio. Y porque el Verbo vino para borrar por la carne las manchas de la carne y matar la muerte con la muerte, es una realidad que porque el Verbo se hizo Hombre, tú puedes decir: Y nosotros hemos visto su gloria. ¿Qué gloria? La gloria de haberse hecho hijo del hombre tal vez. Esto es su humildad, no su gloria. ¿A dónde llega entonces la vista del hombre, curada ya por la Encarnación? Dice: Hemos visto su gloria, la gloria propia del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. De la gracia y de la verdad trataremos en otro lugar en el mismo Evangelio más largamente, si el Señor nos lo concede. Ahora bastan estas cosas. Edificaos en Cristo, confortaos en la fe y velad con las buenas obras. Y no os separéis del madero con que habéis de atravesar el mar.